

Universidad Politécnica de Nicaragua. Enero-junio de 2020.
CJP, Vol. 6, Nro. 15. ISSN 2413-810X | Págs. 4-17.

Editorial

EL ESTADO FRENTE AL COVID-19: ENTRE LA VIDA Y EL CAPITAL *STATES FACING COVID-19: BETWEEN LIFE AND CAPITAL*

Danny Ramírez-Ayérdiz

Feminista, magíster en derechos humanos y democratización, becario doctoral del Consejo Nacional de investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET-Argentina). Docente asociado del ICEJP-UPOLI. Director de la revista CJP.



<https://orcid.org/0000-0001-7572-6605>

Cuando Michel Foucault en su *Nacimiento de la biopolítica* afirmaba que el neoliberalismo es la etapa más «insidiosa» del capitalismo, lo decía con el aplomo que corresponde a estos tiempos de cataclismo, de potenciación de la «insensibilidad» ante el dolor ajeno del que nos habla Segato en su *Contrapedagogías de la crueldad* (2018). En medio de los alcances de la emergencia sanitaria y de la «vuelta inicial» al intervencionismo y la protección del Estado en la salud pública ante el miedo a morir por personas que integran los sectores más partidarios, no hace mucho, del «Estado mínimo», en pocos meses hemos sido testigos de cómo el Estado se ha transformado en el escenario central donde la vida o el capital son los valores para decidir la dirección de las políticas sanitarias a favor de la población. Una posición quizá no tan controvertida y si tenemos en cuenta al Estado como «un engaño permanente» y de su «falso comunitarismo» ya expresado por Marx (Facultad de Ciencias Sociales UBA, 8 de mayo de 2020, youtube.com).

Por supuesto, el Estado ha existido en las pandemias anteriores y probablemente, la actual no sea la más mortífera —si se leen, por ejemplo, los números de la fiebre «española»— y, seguramente, como expone de forma rutilante Tilly (1993) en cuanto a la configuración progresiva de las funciones más contemporáneas del Estado, la salud no fue uno de los motivos centrales en las centurias anteriores. Pero hoy, esta pandemia nos lleva, mucho más que en otros momentos de capitalismo a debatir la gran pregunta y a la consiguiente afirmación que el neoliberalismo ha instalado respecto de la entidad estatal y su papel en la salud: ¿debe el Estado ocuparse de los servicios de salud de forma integral de manera que alcance a las mayorías sin importar las clases sociales? Y como afirmación: el Estado no debe proveer servicios de salud y si los provee, deben ser esenciales.

¿Hacer vivir, dejar morir —máxima central que explica el dispositivo biopolítico de Foucault (2007)— prueba su vigencia cada vez que se decidió a quién y por qué darle un respirador a alguien? Y en el contexto de la potenciación de matar robando la sacralidad del humano de la que nos habla Segato (2018), ¿está en su máximo esplendor con gobernantes y sectores que prefieren que «mueran los que tienen que morir» antes que detener la economía?

En sus reflexiones sobre la pandemia, De Sousa (2020), apunta que la pandemia se presenta en un momento donde la política por la única que media es por «las necesidades y aspiraciones del mercado, ese mega ciudadano formidable y monstruoso [...] que sólo tiene derechos y ningún deber» (p. 31). Es menester leer el rol del Estado al administrar el confinamiento pandémico sobre la base de cuarenta años de devastación de los sistemas de protección y ayuda social ejecutada por el neoliberalismo. Esta devastación ha puesto al Estado frente al dilema de expulsar a cientos de miles de personas a «trabajar o morir».

Modos de confinamiento. Eficacia

El confinamiento ha representado, donde se ha impuesto, la desaceleración de la lógica fundamental del sistema capitalista en cuanto a la producción exacerbada de bienes o la venta de servicios. Los escenarios de un país a otro permiten confirmar que existe una adopción más o menos firme de la idea del confinamiento y los Estados que lo adoptaron o han relajado o han vuelto a las medidas estrictas, incluidas variantes más exactas como las que incluyen el toque de queda (RTVE, 2020a, rtve.es; France 24, 2020, france24.com; Fuentes, 2020, es.euronews.com).

El confinamiento, al inicio de la pandemia, al decir de García Linera fue una «huelga general planetaria» donde se exigió al Estado un rol central, frente a la inminencia de la muerte producida por el COVID-19.¹ Después de tantos años de un Estado que nominalmente buscó «la felicidad colectiva y el bien común» —en el mercado, único lugar donde se pensaba estas eran posibles—, las sociedades exigieron preservar colectivamente la vida a este mismo Estado, paradójicamente. Por ello, De Sousa (2020) opina que «las pandemias muestran de forma cruel cómo el capitalismo neoliberal incapacitó al Estado para responder a las emergencias» (p. 73).

Por eso, la noción de confinamiento ha sufrido desplazamientos, pues, dependiendo de la clase social, la completitud de la protección que el confinamiento da ha podido resultar beneficiosa o perjudicial. Ante Estados achicados en términos de protección social, evidentemente el confinamiento ha descansado en la capacidad punitiva del Estado para hacer cumplirlo. La preservación de la «vida» emprendida por el Estado a partir de las medidas de confinamiento o distanciamiento deben ser leídas críticamente desde las lógicas de represión sobre estos sectores criminalizados por las políticas de «mano dura» implementadas tanto por derechas como por izquierdas en el poder para dejar de responder al empobrecimiento de las grandes mayorías en los últimos decenios.

Estas existencias subterráneas y ajurídicas han estado expuestas a la muerte por cuerpos de policías y ejércitos fortalecidos para garantizar la propiedad y el uso de la fuerza para el correcto funcionamiento del mercado (Harvey, 2007, p. 6). Después de tanto asesinato, por ejemplo, en las favelas brasileñas contra los jóvenes y del estado de sitio de *facto* que viven incluso antes de la pandemia, ¿de verdad al Estado lo mueve la preservación de la vida cuando ordena el confinamiento de los que ha masacrado por decenios y mantenido en esa

¹ De Sousa Santos (2020) anota que ciertamente «el significado literal de la pandemia de coronavirus es el miedo caótico generalizado y la muerte sin fronteras causados por un enemigo invisible» (p. 32).

otra cuarentena permanente? (Picanço, Czermainski, Diniz, de Carvalho y Viegas, 2020; Página 12, 2020a, pagina12.com.ar).

Los sectores más vulnerables, nos dice De Sousa Santos (2020, p. 45), han vivido, donde se ha aplicado, un doble confinamiento del que ya han vivido por su vulnerabilidad previa y agravada por la pandemia. Así, estas personas han vivido en una segregación y en otros efectos de la desigualdad que se han retroalimentado «con un fuerte desprecio y terror hacia el otro», víctimas de una ideología del mercado extremadamente cruel e insensible con «los perdedores» (Bayón, 2019, p. 11). Las y los vulnerables, sobre todo las personas en situaciones de pobreza en las que casi siempre recaen otras condiciones que reflejan «la fuerza letal de la desigualdad», suelen vivir menos años que los ricos ya sea dentro de las mismas sociedades o con relación al norte-sur (Therborn, 2015; Wikilson y Pickett, 2009). Esto es gracias a la inclusión desfavorable de amplios sectores de la sociedad en condiciones de precariedad y desventaja total y de la coexistencia de dos mundos social y culturalmente distantes y aislados unos de otros (Saraví, 2015, pp. 14, 27).

Conviene preguntarse hasta qué punto estas existencias tan despreciadas y demonizadas por el neoliberalismo (Bayón, 2019, p. 32) han sido del interés de preservarlas en el contexto de la pandemia y si la pregunta de García Linera de «¿por qué el Estado accedió priorizar la vida y no la producción extendida del capital?», tras más de siete meses de iniciada la propagación del virus, si sigue siendo o incluye la protección en términos absolutos de la «vida», sobre todo si se tiene en cuenta que este «llamado» del Estado —realizado desde esa capacidad de «hacer creer» a la sociedad en lo que dice (Bourdieu, 2014, p. 5)— y la consiguiente aceptación de suspender las actividades por las gentes, parecía ser un llamado temporal mucho más breve que el que resultó ser.

Por otro lado, en el marco de la contienda sistemática entre vida y capital, hemos visto cómo varios de los sectores más conservadores —y poderosos— que alentaron y atendieron inicialmente este llamado del Estado a poner pausa a la destrucción apocalíptica de los recursos, ahora presionan para que el confinamiento se desactive definitivamente. Claro es que los sectores más concentrados del capital para poder tener la preponderancia actual requieren, necesariamente, de técnicas de extinción de la vida humana en diversas potencialidades, funcionalidades, precedencias e importancias. De ahí que esta supuesta empatía de estos sectores con la vida se fue desvaneciendo con el pasar de los meses, pues una sociedad confinada totalmente, es una que no es útil al capital.

Por eso, de ver en el confinamiento la opción para tutelar la existencia colectiva, el capital ha pasado a presionar, en un trayecto tan corto que evidencia su perenne vocación mortífera de la que hablamos: del aislamiento al distanciamiento social y del distanciamiento social al barbijo. Así, esta disposición desreguladora dictada por el mercado —que implica un gobierno sobre la vida de las gentes a través de la *juridicidad* económica— entra nuevamente en acción al exigirle al Estado retraiga su brazo de legítimo regulador social, hacia ese papel observador que el neoliberalismo impuso en las relaciones sociales. En pocos meses, otra vez el capitalismo ha expuesto su real capacidad de articular todo incluso desde el Estado.

Argentina es quizá el ejemplo más desdichado en la región latinoamericana pues progresivamente su Estado cedió y capituló de la protección máxima de la vida a través de la vida hacia el barbijo como única herramienta para combatir la propagación del virus. Evidentemente, la autonomía de la vida de los sectores más privilegiados se sostiene por sí, incluso a veces sin la intervención del Estado, a través de ese proceso de aislamiento respecto de las demás clases. No tienen la necesidad de un confinamiento en espacios reducidos ni tampoco la noción de vivirlo. No obstante, la presión contra el Estado y la persuasión hacia las clases trabajadoras por deponer cualquier intento de confinamiento enmarca la ruptura permanente de las clases del poder concentrado con el sostén por la vida.

Discurso de legitimación de los principales momentos. Efectos políticos

Los discursos estatales respecto de la pandemia han girado entorno de la salud o la economía o, en ciertos casos, escapando del binarismo, en una mezcla de ambos. En cuanto a los discursos centrados en la salud, correlato de la protección de la vida, la humanidad ha asistido a una «regresión» que temporariamente ha dejado en segundo plano el énfasis privatizador y meritocrático de los destinos vitales impuestos por el neoliberalismo. Sobre todo, cuando se sucedieron los primeros contagios, diversos Estados con mayor o menor diligencia, decidieron enfocar sus esfuerzos en la contención posible de los brotes.

El discurso basado en la salud como correlato de la vida, amén de los desaciertos, relajaciones y restablecimientos de medidas para mitigar la pandemia, están centrados, muy probablemente, en el terror de la muerte generalizada que se esparce horizontalmente en todos los círculos sociales. Si bien han existido otros males de salud previos, incluso aquellos atinentes al abandono sistemático del Estado y el capital de los sectores menos favorecidos de la sociedad y que hoy probablemente causen un flujo mayor de muertes, estas que se generan por el hambre, por enfermedades crónicas por la desnutrición, por la ausencia a ambiente saludable o en general la disminución de la esperanza de vida a causa de las vidas más duras que atraviesan los pobres, ha sido, definitivamente, el horror a una muerte inmediata la que llevó a los sectores concentrados del poder a asumir un discurso de protección «de la vida».

Sin embargo, todavía en plena pandemia aún estamos por saber de este interés inicialmente generalizado por la protección discursiva de la vida, si tuvo un efecto igual en el caso de contagiados pobres o ricos al momento de acceder a los contados respiradores de los sistemas de salud. Seguramente cuando la investigación analice el acceso a los respiradores, como parte de la destrucción de los aparatos de salud públicos y la gentrificación y fortalecimiento de los servicios de salud privados, sabremos a ciencia cierta cuáles fueron los efectos reales de los discursos centrados en la vida como justificación para adoptar una posición de urgencia masiva. Si la vida de los ricos es la que se salvó más en las unidades de cuidados intensivos, una vez más se confirmará lo que ya sabemos: que «la desigualdad es — en última instancia— una cuestión de poder» (Bayón, 2019, p. 12) y que la primera «es tolerada en dependencia de qué tan distintos son considerados los excluidos» (Saraví, 2015, p. 42).

Por otro lado, en el desarrollo de la pandemia ha quedado claro contra-discursos de este «centrado en la vida». Notamos dos argumentos centrales: la economía y la libertad. De un lado, los sectores concentrados junto a la desacertada y lamentable participación de los dirigentes políticos adoptaron un discurso prácticamente letal, la defensa de la economía capitalista, cuya producción desenfrenada no puede sacrificarse ni detenerse. Los recursos para la preservación de la vida en esos lugares fueron limitados y los aparatos de salud colapsados, no sólo por sus limitaciones, sino porque la ausencia de Estados que hicieran «el llamado» a la discontinuación de las actividades de las gentes.

Estados Unidos y Brasil (BBC News, 2020, [bbc.com](https://www.bbc.com); Guiliano, 2020, [telam.com.ar](https://www.telam.com.ar)) son rutilantemente los ejemplos donde el Estado prefirió asumir un discurso y una práctica mortíferas: quizá, hacer vivir, dejar morir característico del dispositivo biopolítico se encabalgó con hacer morir, dejar vivir, propios del dispositivo soberanista, ambos pensados por Michel Foucault. En otras palabras, la vocación de buscar el máximo alargue del trayecto vital asumido por los Estados occidentales en el marco del dispositivo biopolítico, en la pandemia, ha virado hacia una muerte generalizada, segura, aleatoria y promovida directamente por el Estado asumiendo con mayor centralidad este papel facilitador del «hacer morir» de una forma directa, ya no como una ofensa contra el rey, sino contra la economía.

¿Habrá sustituido el Estado pandémico la ofensa al rey y su encarnación de la soberanía por la economía como máxima expresión de la soberanía para hacer morir? Claro, es un hacer morir —prescindiendo de las lógicas de la guerra que según Tilly fueron configurando el abanico estructurado de funciones del Estado contemporáneo— generalizado y no singular. Un hacer morir cruel. Muertes con robos de la sacralidad, al decir de Segato y tal vez en la misma línea de Agamben.

Por otro lado, en aquellos países donde sus Estados adoptaron posiciones inicialmente centradas en la preservación de la vida, como dijimos, el contra ataque conservador y de aquellos sectores afines que nunca estuvieron de acuerdo con ninguna medida que ralentizara las relaciones capitalistas, apelaron con fuerza a una serie de valores que el neoliberalismo llevó a la ultranza, desprendidos, sobre todo, de una noción extrema de la libertad —junto con la dignidad— como «valores centrales de la civilización» (Harvey, 2007, p. 8). Las marchas anticuarentena con participaciones significativas de personas de diversas clases sociales —con la presencia decidida de personas de los sectores económicamente más concentrados— han enarbolado las concepciones tradicionales del ideal de nación o de república, buscando sus defensas ante la avanzada autoritaria de los Estados que enfatizan, por lo menos discursivamente, la defensa de la vida (Página 12, 2020b, [pagina12.com.ar](https://www.pagina12.com.ar); RTVE, 2020b, [rtve.es](https://www.rtve.es); Veiga, 2020, [pagina12.com.ar](https://www.pagina12.com.ar); Navarro, 2020, [lavanguardia.com](https://www.lavanguardia.com)).

No obstante, estas marchas también dejan entrever que en ellas se concitan una mezcla potente de viejas y nuevas ideas reaccionarias tanto en lo político como en lo científico. Por supuesto, que de la mano fuerte del «blindaje» mediático, detrás de los eufemismos libertad, nación y república, están los agentes más concentrados del capital que buscan el regreso a una normalidad a costa de la vida misma. En las mismas aceras que reúnen a los anticuarentena, pueden verse carteles contra las vacunas, contra el uso de barbijos, contra el aborto («providas»), contra los derechos LGBTIQ+, contra el distanciamiento social y ya no

tanto sólo abjurar el confinamiento. En estas marchas por todo el mundo han confluído los viejos y nuevos eufemismos y detractores de la vida y su significado integral de supervivencia colectiva, sobre todo, con respecto/desprecio de las y los más pobres.

Esto da cuenta de que las adhesiones que logran estas marchas terminan conciliando con posturas anticientíficas que dejan ver el profundo calado mental que el neoliberalismo ha provocado en sectores de la sociedad que requieren ver universalizadas posturas personales/de clase, con un claro retorno al liberalismo más extremo, cuando se pensó que «la democracia usurparía o destruiría al mercado» (Esping-Anderson, 1993, p. 26). El añorado individualismo exacerbado que rige sus propios destinos en un aislamiento irreal de lo que vive el colectivo en términos de la emergencia sanitaria. Los Estados no han podido repeler estas manifestaciones seguramente para no conculcar las consignas que las movilizaciones dicen defender.

Evidentemente, el eco potente de estas marchas en sectores no-ricos de la sociedad sin el «catecismo neoliberal» (De Sousa Santos, 2020), sobre todo en su insistencia en el individuo y su dimensión como único responsable de sus destinos en una sociedad donde la noción de «servicios» es la era *«post»* de los derechos como sentidos articuladores de la política y, por tanto, de las finalidades estatales.² Esta noción de servicios conduce a la sociedad a una idea de desaparición de lo colectivo y, por tanto, a la privatización absoluta de la existencia donde sobrevive el que mejor puede: meritocracia.

Vivir o morir en contextos como una pandemia en la lógica neoliberal también es responsabilidad individual de quien mejor «puede cuidarse» —ni del Estado ni del mercado— y, que, por supuesto tiene los recursos para lograr este cuidado (dimensión mortífera del mérito). La exigibilidad dirigida sobre todo al Estado en el campo de los derechos humanos se transfirió al mérito en esta privatización: precisamente, el individuo ha de demostrar el mérito a través del logro. Acertadamente, Araujo y Martuccelli (2015) señalan: «la prueba del mérito somete, así, a los individuos a una presión individualista de nuevo tipo a una exigencia de justicia más personal que colectiva, a un sentimiento de frustración que enhebra sin solución de continuidad experiencias individuales y juicios críticos hacia el colectivo (p. 92)».

Esta necesidad de demostrar la capacidad, de autoprotegerse como extensión del mérito/responsabilidad individual/libertad, resultado directo de la demolición de la noción colectiva de derechos, del «nosotros político» (Chul Han, 2014, p. 18), es posible a la profundidad con que el neoliberalismo caló en las matrices culturales. Así asistimos a la explotación de sí mismo como modo de producción dominante es parte del abuso continuo de la noción de libertad individual llevada hasta extremos por el neoliberalismo a tal punto que esta «es una esclavitud en la medida en que el capital la acapara para su propia proliferación» (Chul Han, 2014, p. 15), pero sin que el individuo note como externa esta

² Cuando vemos esta paradoja de trabajadores/no-ricos en marchas de este tipo, pensamos en Esping-Ardensen (1993): «Cuando los trabajadores dependen por completo del mercado es difícil que se movilicen para acciones solidarias» (p. 42).

esclavitud, sino como propia. Por eso morir de COVID sólo puede ser efecto de una decisión individual.³

De forma particular, notemos que esta auto explotación de los individuos que les empuja a sentirse «compelidos a hacerse cargo de sí mismos, a sostenerse en su individualidad» (Araujo y Martucelli, 2015, p. 92) —ofrecida como sentido común romantizado a las generaciones nacidas en las últimas cuatro décadas a través de discursos como el emprendimiento— sucedió al mismo tiempo en que el empleo formal se achicó y la informalidad, incluida la emprendedora, pasó a ser el modo dominante en las relaciones laborales.⁴ El neoliberalismo al ser, finalmente, «ética dominante» ha logrado que la cuestión social se despolitice diluyendo toda referencia al poder y al conflicto —aspecto relevante para de la privatización de la que hemos venido hablando— (Bayón, 2019, pp. 10, 12).⁵

Hace veinte años, en plena ebullición neoliberal y analizando la situación de la informalidad en el marco de la globalización, Quijano (2000) ya observaba estas tendencias de sectores que abogaban por «el fin del trabajo». No obstante, esta cruzada que transfiere la responsabilidad de los derechos hacia el individuo y libera al Estado y a la empresa, ya asumida hoy con normalidad, tiene efectos directos en los sentidos comunes en los que se desarrolla la pandemia por COVID-19, pues la protección de la salud se la ve como un asunto privado no sólo por el capital: también esta ciudadanía que convencida asiste a estas protestas.

Modo de uso de recursos públicos y privados ante la enfermedad

Esta pandemia con alcances absolutos hacia toda la población, como hemos dicho en otra parte del escrito, encuentra al mundo bajo los efectos devastadores del neoliberalismo sobre los sistemas de salud, hasta el punto de su privatización total en diversos países o el ofrecimiento de servicios de distinta calidad según el carácter público o privado de su provisión. En este marco, los Estados que previamente habían culminado la labor de excluir a las grandes mayorías de los sistemas de salud de calidad —y no desde el origen de su provisión— su población parece haber sido más castigada por los efectos mortíferos del COVID-19 ante la falta de recursos para atender a los miles de personas con necesidades de terapia intensiva (De Sousa, 2020).

³ Nos dice Chul Han (2014): «Quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema. En esto consiste la especial inteligencia del régimen neoliberal. No deja que surja resistencia alguna contra el sistema. En el régimen de la explotación ajena, por el contrario, es posible que los explotados se solidaricen y juntos se alcen contra el explotador. Precisamente en esta lógica se basa la idea de Marx de la «dictadura del proletariado». Sin embargo, esta lógica presupone relaciones de dominación represivas. En el régimen neoliberal de la auto explotación uno dirige la agresión hacia sí mismo. Esta autoagresividad no convierte al explotado en revolucionario, sino en depresivo» (p.18).

⁴ Anota Quijano (2019 [2000]): «Nadie puede explotar a nadie si no lo domina, mucho menos de modo estable y duradero. Por lo tanto, es necesario abrir aquí la cuestión de las relaciones entre dominación y la explotación actual patrón de poder. La fuerza y la violencia son requisitos de toda dominación, pero en la sociedad moderna explícita y directa, por lo menos no de modo continuo, sino encubiertas por estructuras institucionalizadas de autoridad colectiva o pública y “legitimadas” por ideologías constitutivas de las relaciones intersubjetivas entre los varios sectores de interés de la sociedad y la identidad de la población. Como ya quedó señalado desde el comienzo de este trabajo, tales estructuras son las que conocemos como Estado» (pp. 394-395).

⁵ Sobre esta auto-pretendida superioridad ética Harvey (2007) escribe: [el neoliberalismo] «es una ética en sí misma, capaz de actuar como guía de la acción humana y sustituir todas las creencias éticas anteriormente mantenidas» (pp. 7-8).

La pandemia —o, aparentemente, el carácter rápido, masivo y horizontal de las muertes— incidió en que muchos gobiernos tuvieran que adoptar decisiones que implicaran el fortalecimiento de la capacidad de atención, sobre todo, ante la falta de insumos y personal suficientes. No deja de ser paradójico —y quizá esto siga evidenciando estos efectos neoliberales en la salud— que incluso los países de la centralidad geopolítica, que también es centralidad en términos de la ciencia y la técnica, hayan sido tan azotados por la pandemia.

Los primeros meses, los números que del norte se dejaban escuchar en el resto del mundo, eran desconcertantes y un aviso para los países del sur. ¿Cómo era posible tantas muertes en estos países que después de preciarse como eje gravitacional de la esperanza y de la vida a través del máximo progreso científico y económico? Pensamos que uno de los grandes mitos que derribó la actual crisis sanitaria mundial es que la centralidad y los Estados que lo integran aún con cinco siglos de afirmar la controvertida superioridad de su experiencia modernidad, ella no es capaz de asegurar la vida de su ciudadanía en situaciones extremas.

Lo anterior posiblemente se pueda entender en términos de pensar, por un lado, en el desdibujamiento progresivo de la lógica de bienestar y su desvío hacia el asistencialismo de corte punitivo, sobre todo en países como Reino Unido o Francia con las personas menos vulnerables (Waqquant, 2009, p. 18) y por otro que, en consecuencia, de lo anterior, pero con genealogías muy anteriores, el bienestar nunca se extendió realmente a todos los estratos de la población.⁶

Para quienes tenían dudas al respecto, la pandemia terminó de evidenciar esta verdad, puesto que, más allá, de la ausencia de antídotos contra la vacuna al momento que se producen los contagios y muertes en Europa, la cuestión está centrada en la capacidad del Estado, por un lado, de imponer una lógica de comunidad y, por tanto, cuido/conciencia colectivos en un momento de la historia donde él viene profundizando el individualismo a ultranza reciente y por otro, que la regresión del bienestar en ese continente ha acentuado la diferencia definitiva entre los ricos y los pobres. Europa, como utopía del liberalismo y de otras experiencias ideológica/económicas similares, ha quedado en entredicho.

En el Sur, hemos sido testigos de variopintas experiencias. En diversos grados, los gobiernos han volcado su atención no sólo hacia la mitigación del desborde de los golpeados sistemas sanitarios con diversas y profundas debilidades de un país a otro, sino que también han empezado alguna medida de asistencia económica hacia diversos sectores de la población. En arreglo con los diversos proyectos y afinidades económicas que representan las actuales dirigencias de los Estados, hemos visto cómo ha sido tanto la respuesta como el destino de los recursos frente a la pandemia. América Latina refleja cómo los condicionamientos y las alienaciones del capitalismo potencian las lógicas mortíferas con mayor o menor grado.

⁶ Waqquant (2009) encontró una cercanía estrecha entre la política penal del neoliberalismo y la dimensión de clase de este y dirá que esta política sirve para «para neutralizar físicamente y neutralizar a las fracciones excedentes de la clase trabajadora y, en particular, de los miembros desposeídos y estigmatizados que persisten en entrar en «rebelión abierta contra su entorno social» (p. 34). El autor también observa que el giro punitivo neoliberal se dio en el contexto de una generalización del trabajo «desocializado», lo que canoniza el derecho de seguridad que tanto enfatiza esta fase del capitalismo, con élites que resaltan la autoridad del Estado para controlar a las poblaciones a la vez que exige su achicamiento y desregulación en el ámbito económico.

La tragedia brasileña en el tratamiento de la pandemia y la alineación de su presidente hacia los modos actuales de proceder de su homólogo estadounidense, dan cuenta de cómo una mezcla de extremismo liberal y mesianismo político resultan el desprecio por la vida desde el Estado. Por otro lado, en contraste, Argentina, con un lamentable proceso progresivo de levantamiento de las medidas de protección colectiva de la vida, después de cuatro años de embestidas neoliberales, el gobierno centrista desde el primer momento destinó importantes recursos para fortalecer en tiempo récord la capacidad de respuesta de las estructuras sanitarias, hecho último que le ha permitido enfrentar mejor la pandemia aún en medio del aumento de casos confirmados y muertes.

Distribución de beneficios públicos frente a la crisis económica

Si bien en la génesis de la pandemia, ante el vuelco de Estados hacia dinámicas encaminadas a la preservación colectiva de la vida y el consiguiente «llamado» a suspender las actividades de la cotidianidad incluidas las económicas, se sintió esperanzas de «otro» Estado con un papel mucho más rector sobre la economía y en especial sobre las formas de distribución de los recursos agenciados por él, la realidad hoy por hoy está puesta en la «post-pandemia», tiempo de reconstrucción donde la especulación financiera seguramente exigirá duros sacrificios a las sociedades (De Sousa, 2020).

Los países se han visto afectados gravemente con una reducción grave de ingresos ante la pandemia y la desaceleración económica. No obstante, algunos Estados han venido incrementando su intervención a través de ayudas directas a la ciudadanía para paliar las drásticas tasas de pobreza y desempleo, escenario singular si se tiene en cuenta que en pasadas crisis de otra naturaleza las dirigencias políticas decidieron virar de espaldas respecto de las mayorías necesitadas (Zapata, 2020, [pressenza.com](https://www.pressenza.com); Telesur, 2020, [telesur.tv](https://www.telesur.tv)).

Por otro lado, ante la urgencia de crear nuevas fuentes para soportar los severos efectos en las finanzas estatales, ha resurgido la discusión de gravar las grandes riquezas no sin enormes resistencias por parte de los titulares de aquellas. Lo paradójico, por ejemplo, en el caso argentino, es que sectores políticos y de la ciudadanía —no rica—, se opongan a un gravamen fiscal de este tipo. Como extensión de los eufemismos contra las medidas inmediatas de preservación colectiva de la vida, en este país latinoamericano las posiciones en contra de esta medida contienen referencias desacertadas que comparan una medida tan necesaria como estas con supuestas «confiscaciones comunistas». El eco potente de estos desaciertos entre la opinión pública es posible gracias al papel de los medios de comunicación hegemónicos relacionados con estos capitales que se buscan proteger (Cayton, 2020, [infobae.com](https://www.infobae.com); Política Argentina, 2020, [politicargentina.com](https://www.politicargentina.com); Asiain, 2020, [pagina12.com.ar](https://www.pagina12.com.ar)).

Naturalmente, como en toda crisis económica que sucede en el contexto de los Estados de libre mercado, los sectores más ricos de la población tienen ante sí la oportunidad de volver a esos ciclos re acumulativos de riquezas cada vez en ritmos más acelerados de concentración y achicamiento de la cantidad de personas poseedoras de esta cruzada expoliadora. La crisis generada en el contexto del COVID-19 no ha sido la excepción con porciones que se han enriquecido mucho más y que, seguramente, «la post-pandemia» será un escenario perfecto para seguir. Nuevamente volvemos a usar este mismo tono desalentador: si alguien tenía

dudas de lo dicho por Segato (2018) cuando afirma que estamos viviendo en la «dueñidad», fase «apocalíptica» del capital, ante la velocidad acumulativa de este. La antropóloga feminista circunscribe esta fase a lo que denomina «el proyecto histórico de las cosas» «es funcional al capital y produce individuos, que a su vez se transforman en cosas» (p. 16).

Hemos insistido a lo largo de este texto en la crueldad y la ausencia de sensibilidad de la dueñidad para poder realizar su expoliación en dimensiones solamente describable con lo «apocalíptico» del que Segato nos interpela. ¿Cómo puede el capital acumular sin límites, que no escuche ese «llamado» inicial del Estado a detener todo, aún en tiempos tan difíciles y de desasosiego para la humanidad? Ciertamente, que la inmoralidad de esta acción —dice Bayón (2019, p. 9) que es resultado «de un capitalismo celebratorio de la codicia ilimitada y predatoria de los ricos»— sólo es posible a través de la crueldad —contraposición absoluta de la solidaridad que debería presidir estos tiempos— y, además, a través de la falta de sensibilidad ante el dolor ajeno que esta fase ha logrado implantar con éxito en las personas (Segato, 2018, p. 79).

Para confirmar esta ausencia de sensibilidad no es necesaria una revisión teórica compleja de la realidad sino escuchar los pedimientos desesperados de miles de ciudadanos que contraponen los valores llevados al extremo por el neoliberalismo como la libertad, específicamente la libertad de hacer, como eufemismo que esconde «la libertad de morir» en las circunstancias que sean, incluso si otros no quieren. El clamor por la apertura de distracciones públicas y masivas —que son el reflejo aspiracional de la vida que no todos llevan en la sociedad— dan cuenta de esta potenciación de la crueldad/insensibilidad/deshumanizaciones actuales.

Actos de resistencia social

Con mucho acierto y centrada en la esperanza, la misma antropóloga afirma que «el proyecto histórico de las cosas» se encuentra en curso otro proyecto: «el proyecto histórico de los vínculos» ambos «orientados por concepciones divergentes de bienestar y felicidad» (2018, p. 13). El último «insta a la reciprocidad, que produce comunidad». Segato afirma que vivimos de «forma anfibia, con un pie en cada camino». Creemos que este carácter anfibio es el que da lugar a la alta resistencia social en medio de la pandemia, la que tuvo que mutar de modo de proteger la vida. Sin embargo, la resistencia social sigue teniendo su mismo denominador e imperativo ético: la solidaridad.

Si bien, a pesar del tinte efímeramente solidario de los primeros días de los confinamientos, como dijimos, se creyó la construcción solidaridades por parte del Estado y las empresas, sabemos que las expresiones sociales organizadas en sus diversas manifestaciones son las que han continuado con las acciones de resistencia. Las organizaciones no dejaron de denunciar y de evidenciar que no basta con el confinamiento: muchos males quedaron a la vista ante falsas solidaridades. Las organizaciones feministas, por ejemplo, siguieron mostrando que la violencia machista sigue y que no ha tenido contención ni cuarentena. Lo mismo que los pueblos indígenas manifestando que la violencia sistemática contra ellos no se detuvo. Los abusos policiales continuaron incluso con mayor impunidad que en otros momentos.

Los efectos económicos entre los más desposeídos de las sociedades liberales como en cualquier crisis han generado la profundización y expansión del hambre, característica del abandono del Estado/sistema económico de las mayorías explotadas. La destrucción y el achicamiento del empleo formal al que se ha asistido en los últimos cuarenta años neoliberales con la consiguiente expulsión hacia la informalidad demostraron que tanto el Estado como la empresa neoliberal no tienen ni tendrán en el marco amplio de cualquier experiencia capitalista una lógica previsor, que asista a los que menos tienen de una forma medianamente digna en situaciones de emergencia masiva.

Los relatos neoliberales del autoempleo y la meritocracia alejaron mucho más al Estado de su papel protector del nivel de vida de las mayorías. El logro, efecto de estos relatos, ha sido implementado como un mecanismo de producción de la desigualdad, pero que es visto como una «asignación de recompensas legítimas» (Therbon, 2015, p. 56). Sin embargo, las redes de solidaridad barrial y comunitarias para mitigar el hambre sigue demostrando que aferrarse a la vida y ayudar a otros a encajar en ella a través de las acciones concretas, es un atributo presente entre las personas y los sectores más golpeados por el neoliberalismo, estos finalmente mucho más cercanos pues a este proyecto histórico de los vínculos y distante del apocalíptico proyecto histórico de las cosas.

Por otro lado, la resistencia social en otros ámbitos, como el del cuestionamiento de los gobiernos autoritarios o alejados de la protección colectiva de la vida, ha recibido de la pandemia una influencia innegable. Como diría Dabashi (2018, p. 87) respecto de las protestas masivas de las «primaveras árabes», estos momentos de quiebre, generan sus propios regímenes de conocimiento. Lo mismo creemos respecto de la pandemia como generadora de nuevos regímenes de conocimiento claramente distinguidos de los producidos entre Norte y Sur globales.

En este sentido, no podemos dejar de circunscribir los virajes de eventos que, si bien iniciaron antes de la pandemia, estos han seguido teniendo vigencia en tiempos de la pandemia y pensamos que el «nuevo régimen de conocimiento» producido por la pandemia en el Sur, tiene efectos innegables en estos. Nos referimos a las protestas de Chile contra el *statu quo* de este país y al desenlace del golpe de Estado contra el gobierno de Evo Morales en noviembre de 2019. Por un lado, la vuelta a las calles de la ciudadanía chilena y la aprobación abrumadora porque se convoque a una asamblea constituyente para darse una nueva constitución que sepulte a la que se dictó en plena dictadura y por otro, la amplia victoria electoral del MAS son expresiones de resistencia social que las experiencias de la pandemia seguramente han modelado para tornarse aún más decisivas frente a las dirigencias políticas actualmente en el poder en estos países.

A pesar del aparente e inicial «retorno al Estado» que las sociedades realizaron en los primeros meses de la pandemia, de forma ejemplar, la ciudadanía boliviana y la chilena siguen demostrando que aún en circunstancias tan extraordinarias como las que se viven actualmente, plantar la cara al Estado, sus dirigencias y los intereses a los que responden y son funcionales, es necesario. Sobre todo, en aquellas experiencias estatales, más cercanas al «proyecto histórico de las cosas» radicalmente cuestionadas en el transcurso de los eventos señalados.

Finalmente, consideramos que el horizonte del Estado, leyéndolo desde el prisma de su actividad frente a la pandemia, seguirá estando condicionado al marco general al que está asociado como parte del sistema capitalista. Su respuesta ante estas y otras crisis venideras seguirán contenidas en el lugar y el papel que ejerce en el sistema económico imperante. No obstante, al decir de Segato «la historia es un caudal vivo».

Referencias bibliográficas

- Araujo, K. y Martucelli, D. (2015). Individualidades populares. Análisis de sectores populares en Chile, *Latin American Research Review*. 50 (2), 86-106.
- Asiain, A. (19 de abril de 2020). Ni en una pandemia los muy ricos en Argentina quiere hacer un aporte, *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/259911-ni-en-una-pandemia-los-muy-ricos-en-argentina-quiere-hacer-u>.
- Bayón, M. C. (2019). La Construcción Social de la Desigualdad. Reflexiones sobre convivencia y justicia social en tiempos de neoliberalismo en *Las grietas del neoliberalismo. Las dimensiones de la desigualdad contemporánea en México*. Ciudad de México: IIS- UNAM.
- BBC (18 de abril de 2020). Coronavirus en EE. UU.: el polémico apoyo de Trump a los grupos que se rebelan contra la cuarentena en el país más golpeado por la pandemia, *BBC*. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52334860>.
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado*. España: Editorial Anagrama.
- Cayton, D. (28 de agosto de 2020). Impuesto a la riqueza: todos los detalles del proyecto que el Gobierno pretende aprobar en el Congreso, *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/economia/2020/08/28/impuesto-a-las-grandes-fortunas-todos-los-detalles-del-proyecto-que-el-gobierno-pretende-aprobar-en-el-congreso/>
- Dabashi, H. (2018). ¿Pueden pensar los no-europeos? En *¿Podemos pensar los no-europeos? Ética decolonial y geopolíticas del conocer*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- De Sousa, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado del bienestar*. España: Ediciones Alfons el magnanim.
- Foucault, M. (2001). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Facultad de Ciencias Sociales UBA (8 de mayo de 2020). Conferencia de Álvaro García [archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=yog-djvMWX8>.
- France 24 (30 de agosto de 2020). Termina la cuarentena obligatoria en varios países de Latinoamérica, *France 24*. Recuperado de <https://www.france24.com/es/20200830-covid19-semana-en-america-cuarentena-obligatoria-paises-latinoamerica>.
- Fuentes, F. (25 de octubre de 2020). Varios países europeos generalizan el toque de queda nocturno para frenar al coronavirus, *Euronews*. Recuperado de <https://es.euronews.com/2020/10>

/25/varios-paises-europeos-generalizan-el-toque-de-queda-nocturno-para-frenar-al-corona-virus.

Guiliano, P. (7 de mayo de 2020). Bolsonaro y empresarios piden fin de cuarentena: “La libertad importa más que la vida”, *Télam*. Recuperado de <https://www.telam.com.ar/notas/202005/460866-bolsonaro-fin-cuarentena-empresarios-libertad-vida.html>.

Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder Editorial.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Navarro, B. (19 de abril de 2020). “¡Cuarentena para los enfermos, no para los sanos!”, piden los trumpistas, *La Vanguardia Internacional*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200419/48600760246/estados-unidos-coronavirus-manifestaciones-donald-trump.html>.

Página 12:

(1 de agosto de 2020a). Surgen nuevas favelas por la pandemia en Brasil, *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/282095-surgen-nuevas-favelas-por-la-pandemia-en-brasil>.

(17 de agosto de 2020b). La marcha de los contagios: los anticuarentena en el Obelisco, *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/285664-la-marcha-de-los-contagios-los-anticuarentena-en-el-obelisco>.

Picanço V., Czermainski de Oliveira, I., Diniz Chaves, G., de Carvalho Aquino, E. y Viegas, C. (2020). Respostas à pandemia em comunidades vulneráveis: uma abordagem de simulação, *Revista de Administração Pública*. Fundação Getulio Vargas, 4 (54), 1111-1122. Recuperado de https://www.scielo.br/pdf/rap/v54n4/pt_1982-3134-rap-54-04-1111.pdf.

Política Argentina (15 de octubre de 2020). El FMI, a favor del aporte solidario de los más ricos: “Hay que evaluar impuestos más altos para los más acaudalados”. Recuperado de <https://www.politicargentina.com/notas/202010/34563-el-fmi-a-favor-del-aporte-solidario-de-los-mas-ricos-hay-que-evaluar-impuestos-mas-altos-para-los-mas-acaudalados.html>.

Quijano, A. (2019). Colonialidad del poder, globalización y democracia. En Aníbal Quijano. *Ensayos en torno a la colonialidad del poder* (Mignolo, W. comp.). Buenos Aires: Ediciones del signo.

RTVE:

(12 de octubre de 2020b). Cientos de coches marchan en Madrid y otras ciudades convocados por Vox contra el estado de alarma, *RTVE*. Recuperado de <https://www.rtve.es/noticias/20201012/protesta-coche-vox-estado-alarma-coronavirus-madrid/2044368.shtml>.

(26 de octubre de 2020a). Coronavirus El mapa mundial del coronavirus: más de 43,4 millones de casos y más de 1,1 millones de muertos en todo el mundo, *RTVE*. Recuperado de <https://www.rtve.es/noticias/20201026/mapa-mundial-del-coronavirus/1998143.shtml>.

Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. Ciudad de México: FLACSO-México/CIESAS.

- Segato R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Therborn, G. 2015. *Los campos de exterminio de la desigualdad*. Buenos Aires: FCE.
- Tilly, C. (1993). *Coerción, capital y los estados europeos*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Telesur (28 de julio de 2020). Gobierno peruano dispone nueva entrega de ayuda por Covid-19, *Telesur*. Recuperado de <https://www.telesurtv.net/news/gobierno-peruano-dispone-nueva-entrega-ayuda-20200726-0011.html>.
- Veiga, G. (24 de agosto de 2020). El lobby ultraliberal detrás de las marchas anticuarentena, *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/287045-el-lobby-ultraliberal-detras-de-las-marchas-anticuarentena>.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. (2009). *Desigualdad. Un análisis de la(in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner.
- Zapata, A. (1 de septiembre de 2020). Ayudas sociales y económicas por COVID 19 en algunos países, *Pressenza*. Recuperado de <https://www.pressenza.com/es/2020/09/ayudas-sociales-y-economicas-por-covid-19-en-algunos-paises/>.